

THE HORUS HERESY®

# EL PESO DE LA LEALTAD

*Edición de Laurie Goulding*

timunmas



THE HORUS HERESY®

EL PESO DE  
LA LEALTAD

timun**mas**

Título original: *The Burden of Loyalty*

Traducción: *El decimotercer lobo*, Isabella Monello; *Hacia el exilio*, Mónica Rodríguez; *Cybernetica, Ordo Sinister, El corazón del Pharos, Rey lobo*, Miguel Trujillo; *La sucesión binaria, Perpetuo*, Roser Granell; Traducciones imposibles, 2021.

Burden of Loyalty © Copyright Games Workshop Limited 2019.

*The Burden of Loyalty*, El peso de la lealtad, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2019 por Black Library  
Games Workshop Limited.,  
Willow Road, Nottingham,  
NG7 2WS, UK  
[www.blacklibrary.com](http://www.blacklibrary.com)

Cubierta e ilustraciones interiores de Neil Roberts

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018  
© Editorial Planeta, S. A., 2018  
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona  
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
[www.timunmas.com](http://www.timunmas.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0836-2

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Depósito legal: B. 1.964-2021

Impreso en España  
*Printed in Spain*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

A bordo de la Stormbird *Desgarro*, la Vieja Guardia de la 13.<sup>a</sup> Gran Compañía estaba sumida en un silencio perturbador. El casco de la nave temblaba con el rugido de los disparos de plasma y con el viento de la atmósfera que cada vez se hacía más densa. Bulveye repasó con la mirada a todos y cada uno de los veteranos, uno a uno; cuando sus ojos se encontraban, intercambiaba con ellos una mirada de complicidad.

Lucían una armadura de combate voluminosa, gris como los nubarrones de una tormenta, bañada en oro y en plata, y engalanada con medallones, condecoraciones y galardones. De las gorgueras les colgaban unos collares hechos con huesos y colmillos de alienígenas, y llevaban los brazos cubiertos con torques de acero. Los trozos de pergamino (juramentos del momento y honores otorgados por el mismísimo Padre de todas las cosas) los laureaban como héroes de cien batallas.

Todos los integrantes de la 13.<sup>a</sup> ya habían cumplido la treintena cuando el Imperio redescubrió Fenris. Afirmaron que eran demasiado viejos, demasiado mayores para beneficiarse de la semilla genética del Gran Russ. Demasiado mayores para la transformación.

—Demasiado duros de pelar, y demasiado cabezones como para rendirnos —dijo Bulveye, con una amplia sonrisa—. Les hemos demostrado que se equivocaban con nosotros...

Halvdan, cuyo único ojo se ensombrecía bajo la luz del compar-timiento de la tropa, le hizo una pregunta al viejo lobo.

—¿Le brindaremos a Magnus la oportunidad de entregarse?

—Le hice esa misma pregunta al Rey Lobo en persona —contes-tó Bulveye, negando con la cabeza—. No hay cabida para la reconciliación. Debemos eliminar toda hechicería de los Thousand Sons.

Halvdan no replicó. Ranulf, por su parte, asintió con pesimis-mo.

—Somos los *Vlka Fenryka*, hermanos —continuó Bulveye—. Los Space Wolves, el Rout. Hemos venido aquí como el brazo eje-cutor del Padre de todas las cosas con un único objetivo: destruir un mundo, aniquilar a sus habitantes y reducir su civilización a cenizas. Prospero, el hogar de los Thousand Sons, la legión de Magnus *el Rojo*, el Rey Carmesí. El traidor, señor de un mundo corrompido. Nosotros representamos la justicia, y nadie podrá frenarnos.

Jurgen soltó una risita.

—Aun así, el poder de Magnus protege la capital. Las catapultas de masa y las bombas de magma han arrasado con el resto de Prospero, pero Tizca todavía se mantiene en pie.

El resto de los lobos maldijo los métodos sacrílegos de sus ene-migos, pero Bulveye los acalló a todos fulminándolos con una mi-rada severa.

—Que una legión tenga que destruir a otra tiene que servir como lección para todos —les recordó—. No debemos disfrutar de la destrucción de nuestros hermanos. El Rey Lobo nos ordenó que fuésemos crueles y eficaces, pero que no nos jactásemos de la caída de Magnus y de sus hijos. —Hizo una pausa. Entonces, el rostro se le ensanchó con una sonrisa enorme—. ¡Pero tampoco mostréis piedad con ellos! Las otras grandes compañías están ya en el campo de batalla. Así que, cuando lleguemos, tendremos que ponernos al día...

El casco de la nave se estremeció con la detonación de los pro-yectiles antiaéreos y, a medida que la cañonera descendía, el viento soplaba cada vez más fuerte.

Tras un cambio de inercia que les habría roto el cuello a hombres más débiles, la Stormbird activó los propulsores de aterrizaje, y la Vieja Guardia acabó incrustada en sus arneses. Bulveye acarició el mango forrado de piel de foca de su hacha de energía, *Eldingverfall*: el azote de la tormenta.

Aterrizaron en Prospero; las piezas hidráulicas de la nave chirriaron bajo sus pies, y el casco empezó a vibrar por el impacto. Bulveye se puso en pie y le dio al botón que bajaba la rampa de asalto.

El resplandor y el fragor de la batalla inundaron la cañonera. Bulveye alzó a *Eldingverfall* y la luz rojiza se reflejó en la hoja llena de grabados de runas. El señor lobo alzó la voz sobre el estrépito de la lucha.

—No pensaríais que hoy no íbamos a mancharnos las manos de sangre, ¿no?

Las llamas del sinfín de explosiones se reflejaban en las pirámides de cristal de la ciudad. Los fognazos rojos, azules y naranjas de los proyectiles incendiarios, los disparos láser y los de plasma iluminaban el cielo.

Varios regimientos de la Guardia de Prospero, ataviados con prendas escarlatas, descendían por las calles y los anchos peldaños de la ciudad hacia los Space Wolves. Tras ellos iban los tanques y los bípodes como defensa, que despleaban una cortina de fuego con la que se enfrentaban a la masa de legionarios de armaduras grises que atravesaba la capital en tropel.

Una lluvia de esquiras y metal fundido caía sobre ellos cuando Bulveye, de la 13.<sup>a</sup> Gran Compañía, lideró a sus hombres por el laberinto de calles y soportales. Las imponentes estructuras de los recintos del Syrianus formaban parte de los pilares de la defensa de los enemigos, que protegían el centro de la ciudad, y Russ había encomendado a Bulveye y sus hombres que acabaran con el flanco de los Thousand Sons.

En aquel momento, los recintos ardían bajo la furia de los Space Wolves. El fuego láser de la Guardia de Prospero emitía, desde las terrazas y las ventanas, unos rayos de color azul celeste que recorrían las calles llenas de columnatas; como respuesta, se oyó

una tempestad de proyectiles bólter que rugían y estallaban. Los dreadnought cubrían la avanzadilla de la 13.<sup>a</sup> Gran Compañía, los cañones automáticos y los bólters pesados enviaban oleadas de destrucción entre los defensores de Tizca. Confiados ante la presencia de los dreadnought, Bulveye y sus guerreros se adentraron en la ciudad de los Thousand Sons.

—Que a nadie se le ocurra emprender la retirada —gruñó el señor lobo—. Nos marcharemos de aquí dejando nuestros nombres escritos en los manuscritos de la victoria, o en las elegías a los caídos. El Padre de todas las cosas nos ha llamado, a su manada, una vez más, y veremos caer hasta el último de Sus enemigos. No tengáis clemencia, pues ellos no la tendrán con nosotros.

El paisaje no quedaba fracturado solo por las dimensiones y las fuerzas físicas; las pirámides y los obeliscos de Tizca relucían con otra clase de energía que deformaba los cielos como si de una calma arrasadora se tratara. Unos rayos carmesíes caían de las cumbres más altas de cristal y metal blanco, y tras su paso dejaban trozos resquebrajados de ceramita y restos de carne fundida.

Una lluvia morada caía de las retorcidas nubes de tormenta que se arremolinaban alrededor de las pirámides; cada una de aquellas gotitas abrasadoras crepitaba al abrirse paso por la armadura y al chamuscar la carne que había debajo. Las ráfagas de plasma y los disparos de los cañones chirriaban contra los brillantes escudos de energía sobrenatural, sin infligir daño alguno.

Bulveye sintió cómo la piel le escocía por el campo psíquico, a pesar de ir cubierto de pies a cabeza con la servoarmadura. Las placas de ceramita no podían protegerlo de las energías sobrenaturales que utilizaban los corruptos Thousand Sons. Las olas de hechicería, que dentro de su cuerpo parecían ráfagas de aire caliente, manaban del conjunto de cúpulas y zigurats hacia los cuales marchaba la 13.<sup>a</sup> Gran Compañía.

Otra tormenta psíquica arrolló a los hombres de Bulveye, y las armaduras de batalla se rompieron ante su tacto. La carne que quedaba al descubierto terminaba achicharrada hasta el hueso.

Ni un solo alarido de dolor o de protesta emergió de las gargantas de los Space Wolves mientras caían presa del ataque enemigo. Todo lo contrario: rugían en un acto desafiante contra la energía

arcana de los Thousand Sons, y espetaban juramentos de venganza contra los traidores de Prospero.

El viejo lobo apuntó con el hacha a la pirámide más alta de los recintos: los laterales de cristal de la biblioteca-templo se habían resquebrajado por la acción de la artillería y los proyectiles, que habían logrado penetrar en los campos de fuerza psíquica por la mera fuerza de sus disparos. Una columna de humo negro se elevaba de los muchos agujeros que recorrían la superficie brillante del edificio. A través del humo, Bulveye pudo ver una corona que oscilaba mientras la extraordinaria energía manaba de la cúspide.

—Prepararé un banquete en honor al hermano lobo que acabe con la vida del hechicero que se encuentra allí dentro —prometió.

El primero en responder fue Ranulf, utilizando el canal de comunicación.

—*¡Ah, esta noche corearéis todos mi nombre!*

El resto de los guerreros recibió sus palabras con un coro de abucheos jocosos. Quien más fuerte se rio, y durante más tiempo, fue Jurgen.

—*¡Sí, y el Padre de todas las cosas se presentará en carne y hueso para presentarte Sus respetos, claro que sí! —bromeó—. Pero me apuesto lo que queráis a que es nuestro ciclope particular quien da el golpe final. Así como Russ derrotará al tuerto Rey Carmesí, Halvdan Ojotorvo acabará con este presuntuoso hechicero. Ojo por ojo. Es lo más justo.*

Pero Halvdan no pronunció palabra, pues quizá esperaba una burla final que jamás llegó. El silencio se adueñó del canal de comunicación, y solo se oía el rugir de las armas y los pesados pasos de los pies cubiertos por la armadura.

Eran un grupo de guerreros veteranos, fervientes seguidores de Russ desde antes de la creación del Imperio, unidos por una camaradería que se remontaba muchísimos años atrás. Eran el corazón de la 13.<sup>a</sup> Gran Compañía, así como la punta de su espada.

Mientras avanzaban, dejaron atrás a otros grupos de guerreros de la VI Legión. Entre ellos, Bulveye reconoció a Asmund, un guerrero de vista aguda que vigilaba el camino que se abría ante ellos.

—Tened cuidado con los hechizos de los hijos de Magnus —le insistió Asmund. Podría parecer una advertencia inútil, pero

después fue un poco más preciso—. Toda la ciudad está impregnada por la energía de ese wyrd, viejo lobo. Las ilusiones son un arma tan poderosa como lo son los bólters o las explosiones.

—Así que no podemos fiarnos de nada de lo que veamos u oigamos, ¿no, sacerdote rúnico?

—¡Podéis fiaros de mi palabra y de la fuerza de Russ!

Los Space Wolves avanzaban al tiempo que disparaban a sus enemigos, y dejaron las calles cubiertas de cientos de cadáveres vestidos de rojo mientras se esforzaban por abrirse paso hasta la zona exterior de los recintos. Las Stormbird y las Thunderhawk limpiaban las anchas avenidas y la plaza con disparos de cañones de batalla y de cañones láser. Bulveye y su compañía dejaron atrás los restos envueltos en llamas de los vehículos y de los caminantes armados.

Si bien avanzaban a paso veloz, el señor de la 13.<sup>a</sup> Gran Compañía era consciente de que no debían subestimar la tarea que les habían encomendado.

—Manteneos alerta —insistió—. Los guerreros de Magnus todavía no se han dejado ver. Debéis saber que, cuando nos enfrentemos a su furia, esta será temible, y tendremos que capear el temporal juntos. Seguid mis órdenes. Luchad en equipo.

—*No ha nacido todavía un hijo de Prospero que esté a la altura de los Space Wolves.* —La respuesta de Halvdan resonó por el canal de comunicación—. *Aunque entre ellos haya quien posea el valor necesario para atreverse a enfrentarse a nosotros.*

—*Ni aunque fueran diez mil hombres, los Thousand Sons jamás se enfrentarían al Ojotorvo. Ni aunque poseyeran la sabiduría que con tanto orgullo afirman tener.*

Jurgen ya no bromeaba, para variar.

—*Los cuervos no hacen distinción, se alimentan de aquellos que han perdido la vida ante las armas de los cobardes.*

Tras una lucha complicada, la Vieja Guardia de la 13.<sup>a</sup> llegó a los peldaños del interior del santuario. En los últimos doscientos metros tuvieron que atravesar un tumulto cruento. La Guardia de Prospero, imitando a las falanges de la historia antigua terrana, se formaba en dieciséis filas que recorrían las calles que daban al templo-biblioteca, armados con pedúnculos de fusión,

y las puntas de las armas emitían un resplandor similar al del hierro candente.

Al chocar con las placas del grupo de Space Wolves, las largas lanzas estallaban con unas ráfagas intensas de energía que atravesaban la armadura y rompían los duros huesos.

Asmund, el sacerdote rúnico, llamó a gritos a Bulveye otra vez.

—Esos enemigos son muy reales, viejo lobo, pero la pirámide-templo arde con energía maléfica. El enemigo que se encuentra en su interior posee la fuerza del Sendero de la Corrupción. Protege a sus discípulos y a sí mismo de mi mirada con una cortina de oro engañoso.

Los hijos de Russ se abrieron paso entre sus enemigos a hachazos. Bulveye se adentró por un hueco de la falange, y con la pistola de plasma aniquiló a uno de los defensores de Prospero.

—¡Seguid así! ¡Que las burlas del escaldo caigan sobre el último de nosotros!

Había una gran cantidad de cuerpos apiñados, pero tal era la fuerza y la corpulencia de los Space Marines que podían aplastarle el cráneo al enemigo hasta con el impulso de retroceso de sus armas. La 13.<sup>a</sup> arrolló a la enorme multitud de enemigos como si fuesen una estampida de animales salvajes. Si bien varios cayeron ante los pedúnculos de fusión, los huecos que dejaban se rellenaban al instante con otros guerreros eufóricos. Así, acabaron con la vida de todo aquel que estuviera a su alcance e impidieron que cualquier superviviente enemigo pudiese atacarles por la espalda.

Ranulf fue el primero en abrirse paso entre la multitud y subir los peldaños; tras él, varios guerreros lo siguieron a paso ligero hasta la entrada principal de la pirámide. Unas gigantescas estatuas de Magnus flanqueaban la gran puerta: unos guardias cíclopes con los brazos cruzados a la altura del pecho, con una barra en una mano y una espada curva khopesh en la otra.

—¡Siguen sin dejarse ver! —bramó Ranulf, lleno de frustración.

El suelo empezó a vibrar, temblando como si tuviese que soportar las pisadas de una bestia de un tamaño descomunal. Los peldaños empezaron a agrietarse, y la piedra se partió. Tanto legionarios como miembros de la Guardia de Prospero cayeron por

los agujeros, y de las profundidades manó un resplandor infernal, como si bajo esos escalones se encontrara el mismísimo abismo.

La entrada a la pirámide se abrió de par en par: las enormes puertas se desplegaron hacia fuera con un resplandor de luz blanca y un chirrido atronador. Del fulgor sobrenatural emergió una fila de Space Marines ataviados con una armadura con placas de color rojo oscuro y ribetes dorados y plateados.

Los disparos de bólter descendieron por los peldaños; el veloz estampido y estruendo del gas propulsor y de las explosiones coincidió con la llegada de los legionarios de la Thousand Sons. La lluvia de proyectiles cayó sobre agresores y aliados por igual, sin distinción alguna. En el caso de los primeros, los disparos chocaron con las armaduras, pero a los segundos los destrozaron. Tan preciso y despiadado fue el contrataque de sus enemigos que, en un primer momento, Bulveye pensó que los autómatas habían asaltado a sus hombres. Además, en aquel instante, comprendió que cualquier vacilación por su parte, por poca que fuera, resultaría desastrosa. Si los Thousand Sons tenían que echarlos del umbral de su ciudadela, bien podrían expulsarlos de los recintos.

El señor lobo se adentró en las fauces del fuego cruzado, y con un disparo de su pistola de plasma vaporizó la cabeza de uno de los legionarios de Prospero que formaba parte de la avanzadilla.

—¡Al interior de la tormenta! ¡Somos el trueno de Fenris! ¡Somos el rayo del Padre de todas las cosas!

Subió corriendo los peldaños de la escalera, de tres en tres, hasta alcanzar a Ranulf y al resto de sus hombres, quienes habían quedado desprotegidos. Ranulf se llevaba el brazo izquierdo al pecho, y Bulveye pudo ver rastros de sangre en la cadera y la pechera de su guerrero. Los demás miembros de la Vieja Guardia se abalanzaron tras ellos, sin prestar atención a la lluvia de proyectiles e ignorando la furia del enemigo, a la que respondieron con la misma moneda.

Con un gesto, Ranulf rechazó la ayuda que Bulveye le ofrecía. Al levantarse, soltó un gruñido:

—No es nada, viejo lobo. Puedo seguir luchando.

—No lo he dudado ni por un instante, hermano lobo —contestó Bulveye—. ¡Lidera el ataque!

La distancia entre ambos bandos se redujo en un instante, pues los Thousand Sons cambiaron los bólters por alabardas relucientes y bayonetas. Con ellas, hacían frente a las espadas sierras y las hachas de energía que portaban los Space Wolves.

En mitad de la batalla, Bulveye divisó una silueta que vestía un abrigo azul oscuro sobre la armadura; la gruesa tela llevaba cosidos varios sigilos y artefactos arcaicos. Al hechicero lo protegían varios acólitos encapuchados, de cuyas manos extendidas salían rayos y llamaradas.

—¡Es él, es el brujo!

Bulveye, intensificando sus esfuerzos, acabó con la vida de un enemigo tras otro. El señor lobo se abrió paso a empujones entre sus propios legionarios, a quienes dejó atrás. Tal era su entusiasmo por enfrentarse al psíquico. Pero, a pesar de su ímpetu, todavía estaba a unos veinte metros de la puerta principal cuando el hechicero se volvió y atravesó las puertas al interior de la pirámide. El psíquico desapareció en el brillante resplandor que emergía de allí.

La Vieja Guardia se formó alrededor de su señor y, como si de la punta de una lanza se tratara, perforaron a la legión enemiga, con la seguridad de que el resto de la compañía les cubriría las espaldas mientras subían otra vez por los peldaños, sin prestar atención al resplandor de las descargas incendiarias que refulgían tras ellos. Al otro lado de las puertas reinaban la luz trémula y las volutas de las columnas de niebla, que parecían llamas.

No había tiempo para elaborar una estrategia ingeniosa. Los recintos tenían que caer. Bulveye se sumergió en la luz ondulante bramando una última orden a sus hombres.

—¡Seguidme! ¡Les hundiremos las garras en el pecho a nuestros enemigos!

Dentro del pasillo abovedado de la biblioteca el fragor de la batalla llegaba amortiguado y parecía lejano. No había techo alguno, y las paredes se unían en una enorme bóveda que se encontraba a unos veinte metros de Bulveye, Ranulf y el puñado de legionarios que iba con ellos.

La energía del lugar vibraba en el aire, un zumbido grave que, en ocasiones, subía o bajaba, como si proviniese de un generador

estropeado. La luz que bañaba el lugar tampoco era constante; no vacilaba, más bien se atenuaba y, de pronto, brillaba con intensidad.

Ocho arcos se alejaban de la cámara, que se asemejaba a una nave central. Justo un poco más adelante, tras dejar atrás las gigantescas puertas de la entrada, tres enormes escaleras sinuosas desaparecían en las plantas superiores de la biblioteca. Entre las estructuras, Bulveye encontró varias puertas que llevaban a un claustro, iluminado por las explosiones que no cesaban de producirse en los niveles superiores de la pirámide.

Halvdan se acercó al señor lobo.

—Han escapado por allí. Puedo olerlos.

Tenía razón. La estela de una fragancia similar al incienso indicaba la salida que había tomado el hechicero entre las escaleras. Los muros del lugar se estremecieron, y Bulveye sintió cómo algo había explotado no muy lejos de sus cabezas. Sobre la armadura gris de sus hombros cayó un polvillo blanquecino y unos trocitos de escayola.

—Habría que ser un necio para subir en mitad de una tormenta de proyectiles —gruñó Bulveye, mientras escudriñaba las esquinas de la sala—. Debe haber alguna salida o escondrijo por aquí.

Entonces, oyeron a sus espaldas el estruendo de las botas sobre las baldosas, en el mismo momento en el que más hermanos lobos irrumpieron en la biblioteca. Bulveye intentó ver qué ocurría en el exterior, pero apenas vislumbró nada: la luz parecía poseer un efecto cegador a ambos lados del umbral de las puertas. Tras el primer grupo, llegó un segundo, liderado por Jorgen.

—Sus cuerpos yacen en el suelo como las hojas de los árboles durante un largo invierno. Krodus se está encargando de ellos.

Entre los recién llegados, Bulveye distinguió a dos de sus tentáculos.

—Garrarroja, despeja los dos pisos superiores. Hroldir, quiero que varios grupos registren los pasillos. El resto... matad a todo ser con el que os encontréis.

La compañía de Space Wolves se separó y emprendió diferentes caminos: tres escuadras subieron por las escaleras, mientras que otras tantas se dispersaron por las galerías y los pasillos cercanos.

Bulveye siguió adelante con su Vieja Guardia, y con un golpe de hacha destrozó una verja plateada.

Con las botas sobre el metal torcido, el señor lobo descubrió que se encontraban en un patio de unos cien metros de largo. A cada lado, los finos muros se alzaban hacia un pequeño rectángulo de cielo que había arriba, desprovisto de ventana o rendijas. El suelo estaba cubierto de piedras, todas esferas perfectas de casi tres centímetros de diámetro, de cuarzo y amatista, granate y andalucita. Colocadas con gran maestría, formaban unos diseños en forma de espiral, y entre ellos se abrían unos caminos de baldosas negras.

Las pisadas del hechicero y sus acólitos habían dejado una estela de piedras descolocadas que recorrían el jardín de meditación. A Bulveye le irritaban mucho las vastas brechas que se abrían en las armoniosas formas geométricas, pero las siguió hasta llegar a otra puerta, al otro lado del claustro. Unos guijarros decorativos cruzieron bajo el peso de sus pies, convirtiéndose en polvo mientras seguían el rastro.

Entonces, oyó algo por el transmisor.

—*Viejo lobo, al habla Geigor.*

Bulveye reconoció la voz de Geigor Fellhand, miembro de la Guardia del Lobo que estaba al mando de los Garras Sangrientas. El veterano guerrero no esperó la respuesta de Bulveye y continuó:

—*Nos hemos topado con varios portales extraños a lo largo y ancho de la ciudad. Los Thousand Sons los han estado utilizando como medios de transporte, algo similar a una red restringida de teletransporte.*

Jurgen olfateó el aire.

—Eso explica las intenciones de nuestra presa. Ha huido en busca de una ratonera.

—Sí... —murmuró Bulveye y después retomó la conversación por el canal de comunicación abierto—. Estamos persiguiendo a uno de sus hechiceros, es posible que busque un portal como el que me describes.

—*Pues encontradlo antes de que llegue a él. Si el enemigo consigue escapar, mantened la posición y esperad a las Hermanas del Silencio. No nos enfrentamos a tecnología mortal.*

—No hay ser que pueda contener a la 13.<sup>a</sup> Gran Compañía, ni siquiera tú, hermano. El propio Russ me ha encomendado esta misión, y solo el abismo se interpondrá entre nosotros y el triunfo.

—*Los portales son peligrosos. Si el Padre de todas las cosas hubiese querido arrojar a alguien a los pies del enemigo a ciegas, entonces habría enviado a Angron. ¡No eres el protagonista de una saga antigua, Bulveye!*

—¡Estamos en la saga más importante de nuestra época, Geigor! Pero si tú deseas que cuando se narre este acontecimiento tu nombre no se mencione en la historia, allá tú. ¡La Vieja Guardia difiere! Es posible que esos portales sean peligrosos, pero nuestros enemigos representan una amenaza mayor.

Bulveye cortó la conexión y echó a correr.

—Dicho esto, espero que encontremos a esa escurridiza anguila antes de que escape —gritó por encima del hombro. Cargó contra la siguiente verja mientras sus hombres lo seguían de cerca.

Al entrar en la sala siguiente, Bulveye se encontró con unas llamaradas ondulantes. Mientras el promethium le lamía la armadura, el señor lobo se retorció y rodó hacia un lado para evitar todo daño posible. No obstante, a sus espaldas, Dannet no fue tan rápido: lo vio revolverse un poco más adelante, con el torso envuelto por las llamas azules.

Halvdan entró un segundo después, y su bólter resonó con fuerza al disparar una salva de proyectiles contra el legionario de los Thousand Sons que dirigía las llamas; el enemigo los había estado esperando, a resguardo. Entonces, más traidores los atacaron con sus armas, y dirigieron los proyectiles de bólter y de los cañones automáticos contra los encolerizados Space Wolves que se dispersaban por la enorme habitación.

Protegido tras una ancha columna de piedra, mientras los escombros y la metralla de bólter resonaban contra su armadura, Bulveye escudriñó el lugar en busca del hechicero. Este se encontraba delante de una enorme puerta independiente a apenas un par de metros de la pared posterior del anfiteatro. La puerta estaba construida con mármol blanco y metal, y la dovela emitía un resplandor dorado.

El psíquico, ataviado con una túnica, estaba junto a tres de sus acólitos, y a sus pies yacían los cadáveres de otros dos de sus

seguidores; además, contaba con una escuadra de Thousand Sons a los que se les había encomendado la misión de protegerlo mientras él, con las manos, trazaba las líneas de las runas que había en el portal. Otro grupo de Thousand Sons, apostado en los niveles inferiores del anfiteatro, abrieron fuego contra los Space Wolves. Bulveye salió de su escondite y, con la pistola, contrató el fuego enemigo.

—¡Rendíos ante vuestro destino, traidores! —bramó. Un acólito trastabilló hacia atrás, con la túnica envuelta en llamas, y el pecho se convirtió en una pasta viscosa—. ¡Los lobos del Emperador jamás abandonarán la caza! ¡Ahorraos el tormento de la esperanza!

El hechicero se volvió ante las palabras del legionario. No portaba casco, y el rostro demacrado estaba enmarcado por una mata de pelo negro y un amplio collar que le subía de la gorguera de la armadura. Los ojos eran como dos pozos de oscuridad, y se le crispó el rostro en una expresión de rabia tan profunda que Bulveye se sobresaltó al verla.

—¡Asesinos! —espetó el hechicero, mientras señalaba los cadáveres de sus discípulos y, después, desvió la mano hacia la cúpula resquebrajada del anfiteatro—. ¡Ladrones de sueños! ¡Asesino de inocentes!

—¡El Padre de todas las cosas pide justicia por vuestros crímenes! ¡No perdáis el tiempo con súplicas! ¡Jamás se os perdonarán vuestros pecados!

Una expresión de incredulidad se adueñó del rostro del hechicero.

—¿Os atrevéis a decir que nosotros somos los malos? Mi nombre es Izzakar Orr, seguidor de Magnus, señor de los cien caminos. Yo mismo he liberado a más humanos de la maldita ignorancia de la Vieja Noche que toda vuestra horda de bárbaros juntos. Y solo en esta biblioteca hay más conocimiento, más poder para moldear el destino de la humanidad, que en todos los grandes salones, húmedos y fríos, de Fenris. Habéis masacrado a nuestro pueblo, asolado nuestras ciudades, destruido miles de años de conocimiento... ¿y aun así os atrevéis a creerlos los héroes de la historia?

Varias escuadras de Space Wolves bajaron los peldaños con Halvdan al frente. Poco a poco, los Thousand Sons fueron perdiendo terreno y formaron círculos alrededor de su comandante;

aun cayendo ante el enemigo, buscaban la oportunidad de herir y matar a los hijos de Fenris.

Con un gruñido sordo, Izzakar Orr alargó la mano hacia el portal. El metal se derritió y dejó a la vista una verja cristalina; el brillante líquido dorado fluía y creaba una cortina ondulada que se extendía por el agujero que había debajo del arco. Después, hizo un ademán arcano con las manos y, de pronto, apareció en el aire un dragón con varias cabezas que volaba a su alrededor. Orr extendió las manos hacia los Space Wolves y el dragón cobró vida: una bestia hostil que no dejaba de rugir, propia de los mitos. Al abrir las alas y elevarse en el aire con un giro arqueado para abrirse paso a través de los guerreros de Lemn Russ, dejó unas chispas plateadas tras su paso.

Las armaduras se partieron y se hicieron añicos ante el roce de ese encantamiento monstruoso, por lo que la criatura derribó a los Space Wolves mientras unas gotas de fuego cegador caían de sus fauces abiertas.

El señor lobo se encogió al tiempo que la enorme criatura rugía en su dirección; alzó a *Eldingvefall* y su pistola de plasma con actitud desafiante, a pesar de que sus armas resultarían inútiles contra un ataque psíquico. La bestia brillaba mientras se volvía hacia Bulveye, pero la criatura inmaterial estalló en miles de partículas antes de poder llegar hasta él.

Mientras los restos de la ilusión se disipaban, Bulveye se percató de que sus guerreros estaban bien, y de que el dragón no había sido más que una distracción. Desvió la mirada hacia la tarima que había al fondo del auditorio. El portal seguía activo, pero lo único que quedaba del hechicero y de sus adeptos eran unas sombras vagas sobre el campo dorado, como si sus dueños corpóreos las proyectasen desde el otro lado de la cortina.

Por el portal abierto emergía una brisa cálida, débil, y, gracias a los sistemas de la armadura, Bulveye supo que no era más que restos de radiación. El señor lobo alargó una mano hacia la brillante superficie dorada, pero no llegó a tocarla.

Con una mano, Ranulf bajó el brazo de Bulveye.

—Es una trampa. ¿Por qué si no iban a dejar el portal abierto? O bien nos esperan al otro lado, o bien han redirigido las

coordinadas para mandarnos al interior de un reactor de plasma. —El guerrero observó el portal con recelo—. O vete tú a saber. Todos hemos oído la advertencia de Geigor.

Bulveye iba a responderle al instante, pero el chasquido del transmisor se lo impidió.

—*Viejo lobo, hemos encontrado otra de las entradas* —informó Hroldir, líder de manada. Hablaba en voz baja y con tono urgente—. *Dos más, mejor dicho. He enviado a Bavidir al piso superior. Al parecer, hay un portal en cada planta.*

Bulveye desvió la mirada hacia los guerreros que aguardaban sus órdenes detrás de él. Los Space Wolves habían asegurado el auditorio y el claustro interior. Sus guerreros habían tomado casi toda la biblioteca, y las escuadras se movían por los alrededores de los edificios para asegurar todos los recintos.

—¿Están abiertos?

—*Creemos que sí, señor.*

Bulveye miró a Ranulf.

—Es imposible que hayan preparado una emboscada en todos los portales que hay en la biblioteca, ¿no crees? —Entonces, el viejo lobo cambió el canal de comunicación para dirigirse a toda la compañía—. Nos encontramos en terreno desconocido. Comenzamos la misión de reconocimiento, y quiero que siempre haya dos escuadras juntas. Cada cinco minutos, comprobaremos la situación por el transmisor. —Mientras sus guerreros confirmaban la recepción de las nuevas órdenes por el sistema de comunicación, el viejo lobo se centró en el brillante portal—. Encontraremos al místico ese muy pronto...

Bulveye fue a dar el primer paso, pero Halvdan se colocó ante él y se lo impidió.

—No marcharás el primero, viejo lobo. Esta vez no.

Bulveye era consciente de que podía ordenarle a Halvdan que se hiciera a un lado. Pero también sabía que era más que probable que el guerrero se negara, y vivirían una situación tensa. Así que, en lugar de hacer eso, señaló el portal con *Eldingverfall*.

—¿Qué estás esperando? ¿Una invitación firmada?

Halvdan sacudió la cabeza, se volvió y emprendió el paso hacia el campo dorado. Este se abrió como si fuera una masa de agua en

cuanto el guerrero lo atravesó, primero con la mano, después con el brazo y, por último, con todo su cuerpo. Ranulf fue el siguiente en atravesarlo: desapareció en un segundo, hubo un débil destello de luz y, después, la oscuridad se adueñó de la superficie del campo de teletransportación.

Jurgen vaciló ante el umbral que se abría ante él. Después, hizo una ligera reverencia.

—No me siento orgulloso de esto —confesó, con una sonrisa—. Después de ti, viejo lobo.

Bulveye asintió y, con la pistola de plasma y el hacha de energía empuñadas, cruzó de una zancada el resplandor áurico del portal.

Halvdan estaba en uno de los altos ventanales, con el bólder en una mano y apoyándose con la otra sobre el cristal, del color del rubí. Ranulf había divisado otro portal a unos diez metros justo delante de ellos, y mantenía en alto su arma, preparado para disparar.

La calma era perturbadora.

Bulveye se alejó del portal y echó un vistazo a su alrededor. La sala era cuadrada, de unos treinta metros de ancho. Los ventanales de cristal rojo tenían una forma triangular y se alzaban hacia el alto techo de la sala. En muchos de los cristales se podían apreciar unas rajaduras profundas. Una columna de humo se elevaba en el cielo; el origen del fuego no se encontraba muy lejos, y las chispas de las llamas todavía brillaban en su ascenso hacia el cielo.

A lo lejos, Bulveye reconoció los picos de las otras montañas y, al acercarse un poco más, observó las columnas y los tejados de los recintos colindantes.

Halvdan se acercó a él.

—Visto lo visto, estamos en el pico.

A la sala llegaron más Space Wolves, y con ellos llegó el estrépito de las botas y los chirridos de las servoarmaduras. El transmisor se activó con un par de interferencias, y un torrente de alivio recorrió a Bulveye al oír la voz de Hroldir.

—... parece una especie de sótano... Las escuadras se encuentran en varios lugares diferentes... Dos de ellas están muy lejos y no las veo en el auspex...

Bulveye se paseó por la sala llena de ventanales de cristal hasta que encontró el centro de Tizca. La batalla continuaba con toda su furia, y el avance de la invasión lo marcaban las explosiones y las estelas de las cañoneras.

—Es la mayor campaña que habrá en nuestra época y nosotros aquí, viéndolo todo de lejos... —murmuró Halvdan.

Al pensarlo, Bulveye gruñó y, con fuertes pisadas, se acercó a la otra salida.

—Por poco tiempo. Seguro que los traidores han atravesado el siguiente portal. No pueden haber ido muy lejos. Que todas las escuadras continúen con el reconocimiento. Cazaremos a los perros de Magnus dondequiera que estén.

Al pasar por el siguiente portal, los Space Wolves llegaron a otra sala de la biblioteca Syrianus. El bombardeo había hecho añicos toda una pared, además de una de las esquinas del suelo y el techo. Por el agujero que había quedado salía un hedor asqueroso, similar al olor de goma quemada y de carne carbonizada.

Al otro lado del cristal destrozado y de los restos de piedra, Bulveye vio a varios Space Wolves por la ventana de uno de los zigurats más cercanos. De pronto, sus hombres desaparecieron al atravesar otro portal. Bulveye activó el transmisor.

—¿Algún indicio del paradero del hechicero? —preguntó. No hubo respuesta. Solo se oía el siseo de las interferencias—. ¿Hrol-dir? ¿Jorllon?

Ranulf comprobó la conexión.

—Deben de estar fuera del alcance del transmisor personal. Los otros portales forman una especie de sistema rápido de transporte por la ciudad. Al parecer, nosotros estamos atrapados en un bucle interno dentro de este chapitel.

—¡Sí, hombre! ¿Un ascensor con pretensiones? —exclamó Jurgen entre risas—. ¿Estábamos tan preocupados por el ascensor de un hechicero?

En la sala había otros dos portales, así como varias salidas convencionales.

Con un estallido de luz, uno de los portales se activó. Bulveye y sus hermanos lobos reaccionaron al unísono y volvieron sus armas

en un segundo al tiempo que unas figuras oscuras atravesaban la cortina dorada.

—¡Quietos! —gritó a sus hombres, aliviado.

Hroldir y su manada los miraron con la confusión reflejada en el rostro mientras entraban a la sala.

—Por el Padre de todas las cosas y su peludo... —La blasfemia del líder de la manada se fue apagando al mirar al viejo lobo—. Estábamos... No sé dónde estábamos. En otra torre al este de la ciudad.

Ranulf sacudió la cabeza.

—Me parece que no estamos avanzando nada. Quizá los Thousand Sons van cambiando los caminos a medida que se mueven.

Bulveye señaló el portal por el que habían llegado, que estaba a sus espaldas.

—Volveremos sobre nuestros pasos —decidió—. Hroldir, tú vuelve por ahí, nosotros iremos por allá. Avisame cuando...

Más portales se activaron, y más Space Wolves llegaron a la sala, provenientes de diferentes lugares. La habitación enseguida se llenó de guerreros armados; algunos no habían estado con Bulveye, pues formaban parte de los grupos que el señor lobo había enviado para asegurar otras zonas de los recintos. Todos los guerreros mostraban el mismo estado de perplejidad y desorganización.

—Así no conseguiremos nada... —murmuró Bulveye, y volvió a activar el transmisor—. ¡Escuchadme, mantened vuestra posición! ¡Que nadie se mueva si yo no lo ordeno!

Hroldir y su escuadra, tras recibir el beneplácito de su comandante, atravesaron otra vez el portal por el que habían llegado hasta allí. Bulveye se dirigió a la Vieja Guardia blandiendo su hacha de energía.

—Seguidme. No bajéis la guardia... No descarto que los Thousand Sons nos hayan rodeado.

Después de echar un último vistazo a la sala, el señor lobo volvió a atravesar el portal. La energía dorada se escurrió por su armadura como si fuese agua, y se extendió como tirabuzones por los brazos y las piernas del Space Wolf...